

principes electores, llevándose la palma el elector Joaquin, «el padre de la codicia.» Lo mismo decía el agente de Francisco I, pero éste mandó que se le saciara, costase lo que costara. Mas repugnante que esta venalidad y codicia era la hipocresía con que aquellos hombres hablaban de su patriotismo y del honor de príncipes, mientras se vendían sin vergüenza al mejor postor. A Alberto de Maguncia, un Hohenzollern, dijo un agente de Carlos sin hacerle ruborizar que era una mengua venderse de aquella manera al rey de Francia, á lo cual contestó el príncipe con brutal cinismo que si España le ofrecía mas, su voto sería para ella, y pidió 100,000 florines sobre lo ofrecido por el rey de Francia. Despues rebajó esta cantidad á la quinta parte al cabo de tres días de regatear, y arreglado el asunto escribió á su hermano el príncipe elector de Brandeburgo una carta llena de frases patrióticas á favor de Carlos de España, quejándose de la falta de honradez y fidelidad de los franceses, y añadiendo que su honor exigía evitar hasta la apariencia de que todo su afán fuera efecto del dinero español. El citado agente de Carlos escribió hablando de este elector: «Me avergüenzo de su deshonor.» Otros explicaban con su patriotismo y solicitud por el bien de la cristiandad su venta al rey de Francia, al cual Luis del Palatinado prometió su voto en términos llenos de unción, dando su palabra de príncipe y diciendo: «No podemos hacer cosa mejor, mas digna, mas agradable á Cristo y mas provechosa para la cristiandad.»

Solo uno de los príncipes electores permaneció fiel á lo pactado en la «bula de oro» é inaccesible al cohecho. Este fué el duque Federico de Sajonia, llamado *el Sabio*, y antiguo adversario de Maximiliano desde la cuestion de la reforma del imperio. Federico resistió á todos los halagos de Maximiliano, y no cambió su resolución de no contraer compromiso alguno antes de la eleccion. No tenía tampoco motivo para mostrarse favorable á la casa de Habsburgo, pues que Maximiliano habia hecho cuanto habia podido para impedir los aumentos de Sajonia, á la cual hizo perder la sucesion en el ducado de Julich, su esperanza principal, que le habia sido prometida en 1486 y confirmada en 1495. En efecto, Guillermo VII, duque de Julich y Berg, solo tenía una hija, y Maximiliano quiso excluirla de la sucesion en los dominios de su padre; pero cuando Juan de Cléveris, que debia casarse con ella, trató de aliarse con el duque Carlos de Gueldres, enemigo mortal de los Habsburgos, Maximiliano consintió en la sucesion; se efectuó el casamiento proyectado, y Juan de Cléveris, á la muerte de su suegro, tomó posesion de sus dominios, quedando chasqueada la familia ducal de Sajonia. Esta trataba tambien de incorporar á sus Estados la Frisia, el ducado de Lauenburgo y el Hesse, de cuyo jóven heredero el elector de Sajonia era tutor; mas el emperador le declaró mayor de edad cuando solo tenía catorce años, todo para debilitar la influencia de Sajonia. Solo quedaba á esta casa ducal la esperanza de adquirir algunos feudos en el Friul, en pago ó garantía de una deuda de Maximiliano; mas para entrar en posesion de aquellos feudos lejanos era menester aguardar á que sus poseedores muriesen sin dejar sucesores directos. El elector Federico habia visto así desvanecerse una esperanza tras otra, como habia visto desvanecerse en tiempo del elector arzobispo de Maguncia, Bertoldo, sus proyectos de reforma del imperio; pero siendo de índole pacífica é inclinado á la vida contemplativa, se resignó. Este príncipe, amable para con las personas que le rodeaban y paternal para con sus súbditos en general, jamás blasfemaba, como otros príncipes y señores alemanes, ni se casó, quizás por algun amargo desengaño que habia recibido y tambien para no frustrar las esperanzas de su hermano Juan. Era tan nimio en los negocios como pacífico, y docu-

mentos importantes hubo que hizo modificar y rehacer hasta veinte y mas veces, y se gloriaba, segun refiere Spalatino (1), de haberse dejado engañar y perjudicar por estar en paz con todo el mundo.

A este príncipe mas que pacífico pensó el papa Leon X hacerle elegir emperador, para que no fuesen elegidos ni el rey de España ni el de Francia, que de ninguna manera convenian al sucesor de San Pedro ni á la familia de Médicis. Así lo hizo proponer el Papa por su legado al rey Francisco I y apoyó hasta el último instante la candidatura del elector. Segun dijo una vez al embajador de Venecia, el rey Carlos le convenia menos que ninguno. «¿Sabeis, le preguntó, cuánto dista de Roma la frontera de sus dominios? — Cuarenta leguas. — Pues no conviene para rey de Romanos.» Por otra parte, como habia dicho en otra ocasion, tampoco queria quedar reducido á ser un mero capellan del rey de Francia. El mismo Francisco I se convenció cuando ya era tarde de que la eleccion de otro candidato, por ejemplo, el elector de Sajonia ó el de Brandeburgo, habria convenido mucho mas á los intereses de Francia que Carlos de España. Este reunia mas probabilidades que Francisco I de ser elegido, y en esta conviccion dió Leon X en 23 de enero orden á sus legados de trabajar en favor de la eleccion de uno de los dos electores, con preferencia á favor del de Sajonia, á pesar de haber sido éste un gran protector de Lutero. El elector Joaquin de Brandeburgo, hombre enérgico y listo, habia pensado ya en presentarse candidato á la corona imperial si hubiese podido, porque los horóscopos astrológicos le habian dicho que la casa de Brandeburgo alcanzaria el puesto mas elevado en la cristiandad.

Tambien se manifestaron en los Países-Bajos y en Inglaterra á última hora tendencias á favor de otros candidatos para la corona imperial de Alemania. En los Países-Bajos la gobernadora Margarita propuso como candidato al infante Don Fernando, que habia nacido en 1503 y era hermano menor de Carlos; pero Carlos rechazó este plan rotundamente, por ser ya la segunda vez que se le queria prosterger á Fernando, á quien por ser mas vivo se suponía mas talento que á él. No tuvo mas importancia la candidatura del rey de Inglaterra, puesta muy cautelosamente en escena por Wolsey, que encargó de esta mision á Ricardo Pace, con orden de sondear el terreno expresándose al principio á favor de los dos candidatos los reyes de España y Francia; pero este diplomático, no obstante su gran habilidad, no pudo pasar de aquellos principios sino en sus conversaciones con los príncipes electores de Tréveris y de Maguncia, que no dieron resultado á pesar de haber ponderado la afinidad de raza del rey Enrique con los alemanes.

Por resultado de estas tentativas para apartar de la corona de Alemania á los dos soberanos mas poderosos de Europa, el candidato de mas probabilidades, despues de estos dos, era el elector de Sajonia.

El rey de Francia estaba decidido á emplear la fuerza de las armas para derrotar á su competidor Carlos y hacerse elegir, á cuyo fin, con el pretexto de la cruzada contra los turcos tenia en Génova una escuadra destinada contra los españoles y habia preparado un ejército de 40,000 hombres para penetrar en Alemania y ayudar á los príncipes que apoyaban su eleccion á imponerse á los partidarios de Carlos. Encendiéndose entonces en Alemania la guerra civil, que estalló en el Norte entre el brutal obispo Francisco de Minden, en union de su hermano Enrique de Wolfenbuttel y de su tio

(1) Capellan de palacio, secretario y consejero íntimo del elector Federico y celoso fomentador del protestantismo. Se llamó Spalatino por haber nacido en Spalt, pequeño lugar en el obispado de Eichstadt. (N. del T.)

Erico de Calenberg, amigo de Maximiliano, por una parte y el obispo de Hildesheim, con el duque Enrique de Luneburgo por otra. Este último acababa de casar á su hija con el duque Carlos de Gueldres y era el agente del rey de Francia cerca del elector de Sajonia. Mas importantes que esta guerra, que consistió principalmente en incendios y saqueos con las atrocidades de costumbre, fueron los sucesos que ocurrieron en Suabia, donde el duque Ulrico quiso aprovechar el interregno y la actitud del rey de Francia para extender sus dominios á costa de sus vecinos. El asesinato de un funcionario wurtembergués en Reutlingen le sirvió de pretexto para atacar á esta ciudad libre, incendiarla é incorporarla á su ducado. Para vengar este acto brutal, marchó contra él un ejército reunido por la liga de Suabia y acudillado por el duque de Baviera, al cual el duque de Wurtemberg opuso otro ejército imponente cuya mejor parte formaban voluntarios suizos, tropas reunidas con el auxilio del oro francés, lo que en lugar de favorecer la eleccion de Francisco I la perjudicó. Así lo escribió á la gobernadora Margarita desde Zurich el cardenal Mateo Schiner, obispo de Sitten y defensor celoso de los intereses de los Habsburgos en la Suiza, diciendo que en Zurich se decía que el duque de Wurtemberg con su conducta necia trabajaba sin quererlo en beneficio de la casa de Austria.

Lo singular fué, como observa Ranke, que á consecuencia de estos sucesos la Suiza hizo inclinar la balanza en favor de los Habsburgos, no porque fuese partidaria de éstos, sino para evitar la eleccion del rey de Francia, que una vez emperador de Alemania, habria sido siempre que hubiese querido dueño de la Suiza. Los gobernantes suizos dieron por lo mismo á entender cortésmente al embajador francés que su amo haria bien en contentarse con la corona de Francia, y que por lo mismo retiraban las tropas suizas que estaban al servicio del duque de Wurtemberg. Este fué derrotado en 25 de mayo cerca de Asberg por el ejército de la liga, en el cual figuraban jefes tan peritos y valientes como el duque Guillermo de Baviera, cuñado pero enemigo de Ulrico, Jorge Truchsess, Jorge de Frundsberg y Sickingen. Perdida la batalla de Asberg huyó Ulrico, dejando su país y sus dos hijos en poder del enemigo. El ejército victorioso fué entonces un excelente instrumento para el partido de los Habsburgos contra el rey de Francia y sus partidarios en Alemania. Entre estos últimos figuraban los soberanos de Luneburgo y Holstein, los de Mecklemburgo, que recibían subsidios de Francisco I; el jóven landgrave de Hesse, que temía verse atacado de nuevo por Sickingen, y el elector de Brandeburgo, que ofreció al rey de Francia reunir un ejército de 19,000 hombres.

El 17 de junio era el día fijado para la eleccion del nuevo emperador, debiendo celebrarse el acto en Francfort. Para ejercer presion sobre los electores á favor de Carlos de España, habian acampado no lejos de Francfort, en las inmediaciones de Maguncia y de Hochst, unos 12,000 hombres mandados por el margrave Casimiro de Brandeburgo, cuñado de los duques de Baviera, el cual tenía á sus órdenes á Sickingen, jefe de la caballería, y á Frundsberg, que lo era de la infantería. El cuartel general se hallaba en Hochst, donde se habian instalado tambien los embajadores del rey de España. Sobraba el dinero y la gente, como dijo el conde Enrique de Nassau al embajador inglés, para no temer que un ejército francés acudiera á influir en la eleccion; y además seis cantones suizos habian prometido en secreto al embajador de Carlos de España, Zevenberghen, que le prestarían su auxilio contra el rey de Francia si éste quisiese influir en la eleccion con la fuerza de las armas, á pesar de que la Suiza en general habia rehusado aliarse formalmente con Austria. Al mismo tiempo, los jefes reunidos en Hochst no

perdian ocasion de amenazar á los príncipes electores con castigarles si no elegían á Carlos. El embajador inglés escribió á su amo Enrique VIII que en su viaje por el Rhin hasta Maguncia se habia convencido de que toda la Alemania estaba en favor del rey de España y contra el de Francia. Los embajadores del Papa y á su cabeza el cardenal legado Cayetano corrieron ya en marzo gran peligro por favorecer al rey de Francia, y si lograron un buque que los bajara por el Rhin, lo debieron al elector de Maguncia. Las alabanzas exageradas que hacían de su rey los agentes franceses, lo mucho que ponderaban sus recursos y el no menos exagerado desprecio con que hablaban de su competidor, les habian desacreditado completamente. La nobleza de las comarcas rhinianas era partidaria de los Habsburgos. En las grandes ciudades libres estaba la opinion irritada contra el rey de Francia desde que se habia comprendido que él era el verdadero instigador de la guerra de Wurtemberg, á pesar de que Francisco I negó rotundamente toda inteligencia con el duque Ulrico. En la misma ciudad de Francfort estaban tan excitados los ánimos, que los electores habrían corrido peligro de perder la vida si hubiesen elegido al rey de Francia.

Todo esto ejerció una gran presion sobre los príncipes electores, y además tuvieron éstos otro motivo poderoso para decidirse á favor de Carlos de España. Los agentes de Francisco I habian sacado á relucir muy imprudentemente aquellas circunstancias de su rey que menos podían agrandar á los príncipes electores y demás magnates y señores territoriales alemanes, como la sumision de sus súbditos, incluso los grandes vasallos y demás nobles, de los cuales podia disponer el rey sin temor de ser desobedecido, y la ventaja de contar no solamente con esta nobleza distinguidísima, sino tambien con una excelente artillería y una superior marina. En cambio se les habia dicho del otro pretendiente, el rey de España, que era enfermizo, inepto y débil de carácter, lo cual era mucho mas del gusto de los magnates alemanes que la gallardía, valor, energía y poderío de Francisco I. Además el reino de éste confinaba con Alemania, mientras España estaba muy lejos. Por otra parte, los agentes de Carlos eran alemanes ó flamencos, y como tales supieron acertar fácilmente con la manera de tratar á los electores y demás personas influyentes en Alemania y hablarles á medida de sus deseos, no descuidándose de indicar debidamente que la independencia de los magnates alemanes no podría menos de ganar con un emperador como Carlos. Segun el elector arzobispo de Maguncia, partidario de Carlos, el rey de Francia, además de extranjero, era tiránico y belicoso, y estaba además influido por mujeres. Observó tambien este elector que en atencion á la agitacion en que estaba el imperio, era imposible la eleccion de un príncipe alemán, porque ninguno de ellos era bastante poderoso para sostenerse con sus propios recursos sin gravar á los miembros del imperio con un impuesto que, en vista de la agitacion del pueblo bajo, seria peligroso.

A pesar de estas observaciones del elector de Maguncia, el de Brandeburgo trató de hacer alguna propaganda á favor de su persona cuando se convenció de que la causa de Francisco I iba perdiendo terreno; pero hablando de esto con el legado del Papa, su hermano Alberto, que estaba presente, le calificó simplemente de necio y no se volvió á hablar de semejante cosa. Mayor motivo habria tenido el elector de Sajonia para presentarse como candidato, porque los electores de Tréveris, del Palatinado y de Brandeburgo le instaron á hacerlo; pero amigo de la paz y de la tranquilidad, se negó á colocarse en una situacion en la cual sabia que no podría sostenerse, porque le faltaban para ello la fuerza material y moral y la aureola popular que habia rodeado al difunto empe-

rador Maximiliano, y que algo se reflejaba en Carlos de España solo por ser su nieto. La mano de la infanta Catalina, prometida ya al brandeburgués, fué ofrecida á Juan Federico, sobrino del elector de Sajonia; pero el elector solo consintió en que se tratara de esta alianza á condicion de que no se obligara á salir de su indiferencia y neutralidad. En todo el resto de la nacion ni siquiera se pensó en que pudiese ocurrir á este ni á otro elector la idea de presentarse candidato á la corona imperial. Solo el Papa, al ver el mal aspecto que tomaba la candidatura de Francisco I, mandó á su embajador Miltitz á última hora, el 15 de junio, que hablara al elector de Sajonia para que éste presentara su candidatura; y el rey de Francia, viendo tambien su eleccion perdida, encargó todavía en 26 de junio á sus embajadores que trabajaran en favor del elector de Sajonia ó del de Brandeburgo, solo para que no saliese elegido el rey de España; pero ya el 24 del mismo mes el papa Leon X habia declarado por sus embajadores á todos los príncipes electores que consideraba á Carlos de España como el mejor hijo y defensor de la Santa Sede y que por lo mismo habia desechado sus temores respecto de la proximidad de la frontera de Nápoles.

La representacion del rey de Bohemia, Luis de Hungría, en el colegio de electores, representacion que tenia como tutor el rey de Polonia, pasó al embajador del reino de Bohemia en el parlamento imperial, y el 28 de junio los príncipes electorales reunidos en la iglesia de San Bartolomé eligieron unánimemente rey de Romanos al rey Carlos de España. Al día siguiente los pequeños soberanos de Luneburgo é Hildesheim, partidarios del rey de Francia, con el auxilio de la caballería del duque Carlos de Gueldres derrotaron cerca de Soltau á sus parientes los duques de Brunswick, partidarios de Carlos de España. El motivo de esta pequeña guerra, una de las innumerables que asolaron desde siglos la Alemania, no fué la defensa de ninguno de los pretendientes, sino un motivo local.

La eleccion de Carlos excitó gran entusiasmo en toda la Alemania como si constituyese una obra patriótica nacional; pero los electores viendo únicamente su conveniencia propia redactaron con gran cuidado la capitulacion que el nuevo rey de Alemania habia de jurar antes de ser proclamado. En esta capitulacion hubo de prometer Carlos no hacer alianzas con potentados extranjeros, ni promulgar leyes, ni convocar parlamentos, ni decretar impuestos sin la aprobacion de los príncipes electores; ni impedir las asambleas de estos, ni atropellar á ningun miembro territorial y directo del imperio ni permitir que otro los atropellara, y no declarar á ninguno fuera de la ley sin haberle oido antes con la formalidad debida. Se estipuló tambien que los parlamentos celebrarian sus sesiones solo en territorio alemán; que los altos cargos y dignidades del imperio serian confiados exclusivamente á alemanes, que no se introduciría en Alemania tropa extranjera y no se usaria en las relaciones oficiales mas lengua que la alemana ó la latina. Coronó esta obra constitutiva hecha entre los príncipes electores el restablecimiento del consejo permanente del imperio, caido en desuso desde el año 1501.

Tambien se obligó el nuevo rey á disolver las grandes asociaciones mercantiles que se habian formado en algunas ciudades, en cuyo gobierno preponderaban en virtud de su riqueza, lo que excitaba la envidia de los príncipes, si bien aquellos comerciantes habian adelantado el dinero que habia costado la lucha electoral. Por esto uno de aquellos comerciantes, el mas poderoso, Jacobo Fugger, escribió á Carlos en 1523: «Es cosa sabida é innegable que V. M. I. no habria podido lograr la corona imperial sin mí, conforme puedo probarlo con los escritos de todos los comisionados de V. M.»

Esta eleccion demuestra la existencia tanto de un idealismo novelesco como de una terrible falta de moralidad política en la nacion alemana, porque en aquel resultado de tres años de lucha, que parecia tener que hacer de la Alemania un accesorio de la monarquía universal española, habian tenido tanta parte las preocupaciones nacionales del pueblo alemán como el oro de los Habsburgos y del rey de Francia y alguna demostracion belicosa en el momento oportuno.

La lucha entre España y Francia no hacia entonces mas que principiar, y al jóven rey Carlos debia esperar todavía otro adversario cuyo nombre, apenas mencionado entonces en las altas regiones políticas, estaba destinado á ser pocos años despues el grito de guerra de toda la cristiandad (1).

## CAPITULO II

### EL RENACIMIENTO Y EL HUMANISMO

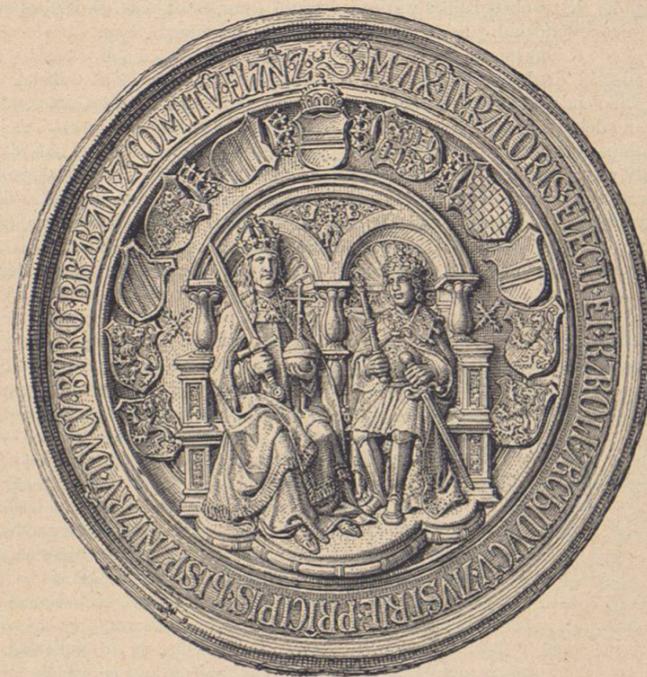
La fermentacion religiosa que en el último período de la Edad media se habia apoderado de Alemania estaba al parecer amenazada al principiar el siglo XVI de ser absorbida ó cuando menos dominada por una revolucion de la vida intelectual que afectaba en mayor ó menor grado, rapidez y energía á todos los pueblos europeos. La nueva civilizacion italiana avanzó lenta pero irresistiblemente hácia el Norte de los Alpes. Esta civilizacion, nacida en Italia, que desde el siglo XIII se habia colocado al frente del progreso intelectual, cuya jefatura habia ejercido hasta entonces la Francia, ha recibido el nombre de Renacimiento; aunque no fué ningun renacimiento de la antigüedad clásica como lo habrian deseado sus adeptos mas ardientes, sino solo la transicion de la sociedad á un estado intelectual, social y político enteramente nuevo. Con la transformacion de la cristiandad en un número de Estados políticos modernos, parecia transformarse el cristianismo en un estado intelectual que cifraba su religion no tanto en la fe en la divinidad, como en la fe en la humanidad. A pesar de no haber Petrarca, el padre del humanismo, y con él la gran mayoría de sus sucesores, querido ni remotamente romper con la Iglesia, ni mucho menos con el cristianismo, y á pesar de haber puesto al servicio de éste y de aquella sus mejores fuerzas los héroes de las artes del Renacimiento, aquella moderna civilizacion en su verdadero fondo no tenia afinidad con la esencia del cristianismo, ni nada que ver con los ideales de la Iglesia de la Edad media. La tendencia de la nueva civilizacion á buscar ideales nuevos era la mejor prueba de que los ideales viejos no la satisfacian. Lo natural y lo humano excitaba á la sazón el interés que antes habia inspirado lo sobrenatural y sobrehumano; y la necesidad de apoyarse en alguna autoridad se encontró satisfecha con los restos literarios y artísticos de la antigüedad clásica. Rindiendo culto á la belleza de la forma, que parece haber llegado á su último término en las obras maestras literarias, arquitectónicas y plásticas, aquellos misioneros de la nueva civilizacion acabaron por creer que los antiguos habian creado tipos modelos para todas las manifestaciones de la existencia y para todos los tiempos; que siglos de barbarie habian cegado aquel manantial inagotable de todo lo grande y bello, y que habiendo sido restablecido este manantial, la barbarie debia lavarse en él sus impurezas y la humanidad rejuvenecerse. No es este el lugar de exponer cómo los humanistas, artistas, filósofos y estadistas italianos desde el siglo XIV hasta el XVI prepararon una transformacion del modo de vivir y pensar para toda la Europa, y cómo creyen-

(1) Lutero, á quien parece aludir aquí el autor, no fué el grito de guerra de toda la cristiandad. (N. del T.)

do seguir en las huellas de la antigüedad greco-romana, llegaron á aproximarse algo á esta civilizacion bajo la influencia de factores muy diferentes. Aquí solo tenemos que ver con el humanismo italiano, bajo cuya forma recibió el resto de Europa el Renacimiento.

No puede decirse que los humanistas, los primeros representantes de la literatura libre, hubiesen presentado la nueva civilizacion bajo una forma digna y satisfactoria, porque fuera de algunos genios creadores, científicos y laboriosos, la gran

masa se componia de medianías y de disputadores que buscaban sus triunfos en pugilatos literarios. La ruptura de las ligaduras sociales antiguas no daba todavía á los nuevos libertos una existencia decente y asegurada, y los humanistas con todo su engrimiento de clásicos modernos, tenian que mendigar los favores de los grandes. Las innumerables contiendas literarias en que hasta humanistas de primera fila se cubrian mutuamente de lodo, revelaban mucho mas que el cinismo de que rebosan sus poesías, la desmoralizacion mas



Sello de Maximiliano I, emperador, y Carlos, rey de España (segun un clisé de yeso que se conserva en el Archivo Oficial de Berlin)

Sentados en un trono están el emperador Maximiliano I, en traje de coronacion, y su nieto el rey Carlos, armado. Entre los dos arcos, la insignia del toison de oro. En los montantes laterales del trono se repite cuatro veces el lema ó divisa de Maximiliano: *Halt maes* (nada de excesos). Encima y en medio del arco principal está el escudo ducal del Austria. Siguen á éste, en el lado derecho, los escudos de Hungría y Croacia con las coronas reales, luego los de Borgoña, Brabante y Luxemburgo; y en el lado izquierdo los escudos de Castilla y Leon y el de Dalmacia con sus coronas reales, y despues los escudos de Austria, Limburgo y Gueldres. La inscripcion circular dice:

S (igillum) . MAX (imiliani) . IMP (er) ATORIS . ELECTI . ET . KAROLI . ARCHIDVCV (m) . AVSTRIE . PRI (n) CIPIS . HISPANIARV (m) . DVCV (m) . BVRG (undie) . BRABAN (tie) . Z (et) . COMITV (m) . FLAN (drie) . Z (etc).

completa. A pesar de esto y de los conocimientos muy superficiales que muestran estos humanistas italianos, sin exceptuar los malos, fueron los misioneros de una nueva civilizacion que sin su entusiasmo, su actividad y su ruidosa petulantia habria quedado reducida por larguísimo tiempo á muy pocos centros. Sin los obreros inferiores del Renacimiento que supieron atraerse multitudes de adeptos con solo su latin elegante y sus poesías líricas y amorosas imitadas de las antiguas, los corifeos del Renacimiento que dieron brillo á la corte de Lorenzo de Médicis no habrian conquistado al mundo con la asombrosa rapidez con que lo hicieron. Los adeptos que Eneas Silvio, cuando estuvo empleado en la cancelleria del emperador Federico III, atrajo á la civilizacion italiana en Alemania, los que ganó el harapos poeta del Palatinado Pedro Luder en Heidelberg y hasta en Leipzig, y los que tuvo entre los magnates y grandes señores de Suabia Nicolás de Wyle con sus traducciones de obras antiguas y de los humanistas, se dejaron seducir los unos por la elegan-

cia de la expresion latina y los otros por los asuntos divertidos de las obras literarias.

El humanismo alemán empezó á manifestarse entre 1440 y 1480; y merece llamar la atención que desde las primeras tentativas se observa la tendencia á ponerlo al alcance de las masas, rasgo de cierta independencia nacional que bajo muchos puntos de vista originó una diferencia notable entre los productos de los maestros italianos y los de sus discípulos alemanes. Fuera de la propaganda de Eneas Silvio, propaganda enteramente casual, por estar Silvio al servicio del emperador, poquísimos esfuerzos hicieron los italianos para dar á conocer sus tesoros intelectuales á los «bárbaros» tudescos. El mismo Eneas Silvio no encontró á los alemanes á la altura necesaria para poder comprender y adoptar la civilizacion moderna con su literatura basada sobre la antigua clásica, y se queja muy particularmente en este concepto de la indiferencia de las clases elevadas. A este obstáculo se agregaban la existencia de una literatura popular y la ense-